

## Situaciones y Enigmas

por Gregorio SELSER

# Argentina: manipulaciones en la prensa y autocensura. Cómo fue tratado el triunfo electoral de Mitterrand en Francia

El escritor y periodista Luis Gregorich, un intelectual del cual nos hemos ocupado en otras ocasiones en estas mismas páginas, por sus posiciones críticas y valientes acerca de la minusvalización que de la cultura nacional viene perpetrando el régimen militar, ha agregado un nuevo aporte en esa misma dirección, en un artículo titulado "Castigo para maniqueos" y que se publicó en la revista *Medios & Comunicación*.

Gregorich analiza allí sin pelos en la lengua, de qué modo un acontecimiento marginal de la vida argentina, las elecciones de doble ronda en Francia —abril y mayo de 1981—, permitieron una vez más comprobar los modos de que se valen la censura y la autocensura en los medios informativos —especialmente los audiovisuales controlados por el Estado—, no sólo para desinformar al público sino para expresar y reproducir la ideología de la fracción hegemónica en el poder.

Las reflexiones de Gregorich, que reproduciremos en forma completa a continuación de esta breve introducción, hacen posible calibrar tanto las deformaciones de una prensa sometida, como la mediocridad y bajo nivel impuesto por razones ideológico-políticas al que otrora fuera un brillante y riquísimo periodismo informativo, aunque esa brillantez y riqueza sólo pudieron irradiar en ocasiones excepcionales.

La nota de Gregorich, por la agudeza de su percepción, se torna así en un documento digno de ser tenido en cuenta para todo estudio de contenido de escuelas de comunicación.

### El socialismo, ¿es leproso? 1

"¿El triunfo socialista, será un peligro para Francia?", preguntó Andrés Percivale a sus invitados, desde las pantallas del Canal 9, en la noche del domingo 10 de mayo. En esta inocente frase, pronunciada quizá con la única intención de ponerse a tono con la filosofía de la televisión oficial, reposan implícitamente las propuestas del maniqueísmo político que ha adoptado, por convicción o por conveniencia, la mayoría de nuestros medios masivos.

François Mitterrand, el candidato del Partido Socialista Francés (PSF), obtuvo la presidencia de su país, como se sabe, con el 52 por ciento a favor, de la totalidad de los votos emitidos. La frase de Percivale 2) debería entonces traducirse así: "El voto del 52 por ciento de los franceses, ¿será un peligro para Francia?" O bien: "La mayoría de los franceses, ¿serán un peligro para Francia?" La falacia desde luego, reside en que "Francia", así, como entequeia, como "logos" abstracto, no existe, y que su uso obedece exclusivamente a los resortes de la acción psicológica, para la cual la identificación de esa "Francia" ahistórica y esencial se produce con el gobierno bien pensante de la burguesía derechista (para el caso, el gobierno saliente de Giscard d'Estaing).

Francia, por supuesto, es la suma de todos sus habitantes y de todas sus clases sociales, y no tiene sentido alguno decir que una libre decisión de la mayoría constituye un peligro para el país, es decir, para esa misma mayoría que forma parte de él. La victoria del 52 por ciento, en todo caso, podría consi-

El clima informativo y la virtual acción psicológica desplegada desde los medios oficiales en las jornadas anteriores a la elección, hizo que prácticamente toda la prensa porteña —no hablémos siquiera de la televisión y la radio— anunciara la victoria de Giscard como un hecho consumado, y que se argumentara que "el buen sentido" y la "sensatez" de los votantes no podían sino rechazar la incertidumbre socialista, jaqueada y condicionada, además, por el cuco (coco) comunista.

Tenemos la pequeña vanidad de apuntar que fuimos los únicos, desde las páginas de *Clarín*, en arriesgar un análisis distinto, e incluso en sugerir un pronóstico opuesto. No lo hacíamos por mera expresión de deseos o intuición; además de la paridad de las encuestas, una detenida lectura de diarios y revistas francesas invitaba a la reflexión y por lo menos anticipaba una elección reñidísima; por otra parte, era evidente la alarma de los asesores giscardianos y del periodismo adicto, que ya, como recurso único, apelaba a los reflejos anticomunistas. Finalmente, lo que aquí no se tenía para nada en cuenta —y en Francia, como es natural, sí— era la imagen de corrupción y venalidad que se abatía sobre el régimen saliente, además del cansancio provocado por su larga permanencia en el poder.

que lo eligió libremente como presidente de la República, pero sí es un peligro para la Argentina la vigencia de una mentalidad antidemocrática que desea imponer a las mayorías los designios e intereses de las minorías.

### Sobre las reflexiones de Luis Gregorich

Gregorich apunta certeramente a varios aspectos del tema de las elecciones francesas, que no suele ser precisamente un asunto que haya preocupado demasiado a la inmensa mayoría del pueblo argentino. Los analistas de política internacional, al menos en la prensa escrita, se cuentan con los dedos de una mano si nos atenemos a características tales como la del conocimiento responsable y el de la probidad intelectual.

Un somero estudio contable mostraría al propio tiempo que, contrariamente a lo que ocurría décadas atrás, los periódicos más importantes de Buenos Aires (*La Nación*, *Clarín* y *La Prensa*) no enviaron corresponsales especiales, acordes con la importancia de la confrontación electoral que los cables destacaban.

De los 3 mencionados, sólo *La Nación* tiene un

publicaba en *La Nación* de Buenos Aires su perplejidad: "Todos se preguntan, con algo de ansiedad, quién será el ganador de la elección. Pregunta difícil y respuesta más difícil aún". Y hacia el final, esta expresión de deseos: "En fin, si el cuerpo electoral entrega mañana a las urnas el voto de la razón, no hay duda de que Giscard será unido con los oleos de la victoria bien lograda". (6) Bien, si para Bello el triunfo de Giscard era el de la razón, el de Mitterrand sería el de la sinrazón, el de la estupidez colectiva de la ciudadanía, el de la locura. No podía ser una decisión madura, adulta, de voluntad de cambio.

En Washington —otra señal de que las agencias cablegráficas y los enviados especiales no entendían nada o procuraron desinformar —en esta materia no hay otras opciones entre los profesionales de la prensa estadounidense—, el círculo de Reagan estaba tan convencido de que la marca conservadora que le ungió presidente se reproduciría en Francia, que no solamente Reagan no tenía preparado un simple borrador de felicitación para Mitterrand sino que ningún periódico importante pudo editorializar al día siguiente sobre el resultado electoral. Simplemente estaban desprevenidos, y lo estaban porque no tenían buena información desde Francia.

El 11 de mayo, en *Le Monde*, su director, Jacques Fauvet, editorializó: "Esta victoria es la del respeto sobre el desdén, del realismo sobre la ilusión, de la franqueza sobre el artificio, en suma, es la victoria de una cierta moral". Y líneas más adelante: "La derrota, en suma, es la de una cierta política económico social, resentida a la vez que injusta e ineficaz. Esto se ha dicho, repetido y demostrado tanto en la derecha como en la izquierda. Ni siquiera se habló durante la campaña de los graves atentados cometidos por el gobierno contra la libertad de información, ni de la Justicia, ni de la Universidad y a veces ni de ciertos hechos de la alta administración (...). El país ya no quiere arbitrariedad ni arrogancia".

Esto y otras consideraciones de que estaba pléutica la prensa francesa y algunas de Hispanoamérica y Europa, no podía entenderse en Estados Unidos, donde la mayor parte de la prensa escrita tituló con cintillos despectivos hacia el mandatario electo y en algunos casos hasta ofensivos, considerándole como, poco más o menos, un aliado de la Unión Soviética.

### Contritos y compungidos

Las observaciones de Luis Gregorich apuntan el hecho elemental de que el régimen militar argentino, al igual que sus pares en todo el Continente (sin excluir a gobiernos civiles como el de Venezuela, Colombia y Estados Unidos) confianza en el triunfo de Giscard, en el que veían una ratificación de su propia inclinación derechista y conservadora. Y por confiar en ella y por desearla, el triunfo de Mitterrand provocó su desconcierto y malhumor. Contritos y compungidos fueron los co-

cialista Francés (PSF), obtuvo la presidencia de su país, como se sabe, con el 52 por ciento a favor, de la totalidad de los votos emitidos. La frase de Percivale 2) debería entonces traducirse así: "El voto del 52 por ciento de los franceses, ¿será un peligro para Francia?" O bien: "La mayoría de los franceses, ¿serán un peligro para Francia?" La falacia desde luego, reside en que "Francia", así, como entelequia, como "logos" abstracto, no existe, y que su uso obedece exclusivamente a los resortes de la acción psicológica, para la cual la identificación de esa "Francia" ahistórica y esencial se produce con el gobierno bien pensante de la burguesía derechista (para el caso, el gobierno saliente de Giscard d'Estaing).

Francia, por supuesto, es la suma de todos sus habitantes y de todas sus clases sociales, y no tiene sentido alguno decir que una libre decisión de la mayoría constituye un peligro para el país, es decir, para esa misma mayoría que forma parte de él. La victoria del 52 por ciento, en todo caso, podría constituir un peligro para el 48 por ciento restante, un peligro muy mitigado, evidentemente, por los mecanismos constitucionales, la división de poderes y las mediaciones de la democracia. ¿Pero no sería peligroso, por ejemplo, que el gobierno de Francia fuese entregado a quienes fueron votados por el 48 por ciento en contra del 52 por ciento? ¿O, más drásticamente, que asumieran el gobierno directamente quienes no fueron votados por nadie?

### La democracia, un peligro

En realidad, la verdadera pregunta que se hizo Andrés Percivale el 10 de mayo —no concientemente, sino en forma táctica, por el lugar y el momento en que la formulaba— es la siguiente: "La democracia, es decir, la posibilidad de que las mayorías gobiernen a través de sus representantes, ¿es un peligro para la Argentina?"

La respuesta, también tácita, fue afirmativa, y no la enunció Percivale, sino toda la situación que se ofrecía al televidente, la supuesta discusión sobre el valor de un resultado electoral en el extranjero, planteada en un país donde no hay elecciones ni gobierno representativo, y donde la palabra democracia, vaciada de sus contenidos, se utiliza como coartada para un futuro impredecible y lejano. (3) El gobierno de las mayorías, con todas sus imperfecciones y excesos, es sobre todo peligroso para las minorías, que suelen volverse más agresivas a medida que tiende a acentuarse su carácter minoritario.

De la misma manera es cómico ver a los partidarios de los gobiernos de fuerza defender la democracia, siempre y cuando se ejerza fuera de su propia patria y mientras sus usufructuarios sean compañeros de ruta ideológicos. El régimen democrático está muy bien para las grandes naciones industriales porque Occidente experimenta un giro hacia la derecha: ¡bienvenidos los votos y las elecciones (en esos países)! Claro que ante un presidente socialista en Francia, y quizá ante próximos gobiernos socialdemócratas o socialistas en Suecia, Grecia y hasta Italia y España, la fe en la democracia vacila: ¿cómo estos votantes no saben ver el peligro a que arrastran a sus naciones?

### Triste fracaso de pronósticos

Debe admitirse que el show semiperiódico de Mónica(4) y Andrés —del que simplemente hemos extractado una frase como ejemplo involuntario de la mentalidad que impera en los medios masivos oficiales respecto a la política internacional— no fue el que peor manejó la elección presidencial francesa.

Por el contrario, el hecho de que Mónica pudiese transmitir directamente desde París a medida que se iban conociendo los resultados, permitió, al menos, que los televidentes tuvieran acceso a la inmediatez de la información y pudiesen empezar a formarse su propia impresión. Sin embargo, uno podía sospechar que hasta este acierto —el viaje de Mónica a París— se debía, no tanto al rigor periodístico, sino sobre todo a la seguridad —al deseo— que se tenía, previamente al comicio, acerca del triunfo de Giscard. Fracasados los pronósticos —o los deseos— hubo que hacer la nota de todos modos, lo cual no estuvo exento, al fin y al cabo, de cierto coraje.

### Opinan deportistas argentinos sobre política en Francia

Por televisión, sobre todo, pudimos ver y escuchar las opiniones más pintorescas e interesadas. Un jurista, el doctor Germán Bidart Campos, (5) convertido inesperadamente en analista internacional, afirmó, antes de la primera vuelta electoral, que los 2 candidatos que se enfrentarían en la segunda volverían "Giscard y Chirac". En los días previos a la elección final, se llegó a pedir la opinión de figuras deportivas y del espectáculo, todas las cuales invariablemente, se pronunciaron a favor de Giscard, a pesar de que sus conocimientos de la política mundial eran obviamente módicos.

El día siguiente al triunfo de Mitterrand, hoscos y ceñudos comentaristas criticaron el sistema electoral francés (no hay que olvidarse de que Giscard conquistó la primera minoría en la vuelta inicial) y anticiparon poco menos que un desastre para Europa y la alianza occidental. En el noticioso de medianoche que emite el Canal 13, se ignoró la noticia, y la única referencia se dio a través de un confuso comentario de Alfredo Bufano (este periodista, aparte de su aspecto más adecuado para el cine de terror que para las pantallas televisivas, permite ejercer cotidianamente el deporte de la búsqueda de furcios: no hay día en que no cometa alguno, y en sus buenas jornadas puede llegar hasta 8 o 10, incluyendo a aquellos mal pronunciados, tartamudeos, frases sin sentido, errores de concordancia, y esto para no entrar en el terreno conceptual).

### Regimentación de la opinión

Y así, a fuerza de tolerar una sola voz (aunque diversificada en múltiples lenguajes) y una sola orientación en los medios masivos controlados por el Estado, se tiende a una regimentación de la opinión pública sólo parangonable con la de los regímenes totalitarios.

Quedan los medios de prensa escrita, es cierto, pero incluso ellos viven en una atmósfera de mediocridad y autocensura que es amenación directa de las presiones, encubiertas o expresadas, del poder. El caso de la elección presidencial francesa demuestra, otra vez, que la acción psicológica resulta imponente ante los datos de la realidad, y que la actitud de cierto timorato periodismo oficialista frente a la libre determinación democrática de otro pueblo reafirma la poca sinceridad de los mismos analistas cuando se atreven a hablar de democracia.

No, Mitterrand no es un peligro para Francia,

corresponsal permanente en París, Luis Mario Bello, pero su frivolidad y mayor atención puesta en qué es lo que le gustaría leer a los militares argentinos sobre qué bueno sería que ganara Giscard, por no citar uno de sus reflejos profesionales aplicados a un caso específico, torna poco seria cualquier interpretación o pronóstico que haya podido hacer. Porque, entre otras cosas, ni siquiera sabe leer bien al vespertino centrista *Le Monde*, al semanario gaullista *Le Point* o al matutino derechista *Le Figaro*, que con una semana de antelación sugerían el triunfo estrecho de Giscard en la primera ronda de abril, con lo cual anticipaban su derrota en el ballottage del 10 de mayo siguiente.

La dependencia informativa respecto de las agencias cablegráficas europeas y estadounidenses hacia, como de costumbre, el resto: transmitir no tanto los "datos de la realidad" francesa, como lo postula Gregorich en su análisis, sino las expresiones de deseos de sus cronistas o las de sus empleadores. El periódico *Clarín* se aproximaba a lo que iba a ocurrir, con sólo reproducir los servicios especiales de *Le Monde* o las reacciones del mundo económico empresarial y financiero franceses inmediatamente posteriores a la primera ronda. El pánico frente a las significativas cifras de los cuatro participantes principales predecía la sensación de la siguiente derrota, aún antes de que el Partido Comunista y el de los Ecológicos hubiesen anunciado que añadirían sus sufragios a la nómina de Mitterrand. De *La Prensa* más valdría no comentar su sujeción histórica a los puntos de vista de la agencia UPI (a la que sigue denominando en forma parcializada como UP, desde un feo que le hizo la *International News Service* cuando *La Prensa* fue expropiada por Perón en 1952), porque a su vez sería introducidos en el alucinante mundo de la fantasía y la imaginación pero en su sentido negativo, incluyendo repetidas y frustradas expresiones de deseos en lugar de información equilibrada y oportuna, o la simple falsificación de la verdad tanto por parte de sus corresponsales en los lugares de emisión de la noticia, como de los llamados "porteros" (*gatekeepers*) de la información en la central de Nueva York, donde se reciben los despachos y se los "adecúa" antes de su reexpedición a la red mundial.

### Sorpresa en Washington

El mismo día de la elección, y a pesar de que desde 72 horas antes ya estaba en el aire la victoria de Mitterrand, el corresponsal Luis Mario Bello,

comenzó, como la mayoría parte de la prensa escrita tituló con cintillos despectivos hacia el mandatario electo y en algunos casos hasta ofensivos, considerándole como, poco más o menos, un aliado de la Unión Soviética.

### Contritos y compungidos

Las observaciones de Luis Gregorich apuntan el hecho elemental de que el régimen militar argentino al igual que sus pares en todo el Continente (sin excluir a gobiernos civiles como el de Venezuela, Colombia y Estados Unidos), confianza en el triunfo de Giscard, en el que veían una ratificación de su propia inclinación derechista y conservadora. Y por confiar en ella y por deseársela, el triunfo de Mitterrand provocó su desconcierto y malhumor. Contritos y compungidos fueron los comentarios en la prensa escrita argentina —salvo en el cauto *Clarín*— y las declaraciones de los políticos del centro a la derecha.

Gregorich nos informa sobre cuál fue la repercusión en los medios audiovisuales, que desde mucho tiempo antes del cuartelazo de 1979 dependen en muy buena parte del presupuesto oficial, si es que no están —como en el caso de los canales de televisión— totalmente bajo su jurisdicción. Un indicio del nivel político, cultural y educativo en el que se desenvuelve la televisión argentina lo brinda el que durante casi una década haya tenido alto rating el programa "Almorzando con Mirta" (conducido por la ex actriz de cine Mirta Legrand), en el que su conductora, una típica "señora gorda" de las satirizadas por el humorista Landrú, reunía para comer y "discutir" sobre cualquier cosa a personajes que por alguna razón sonaban a conocidos o importantes y que tanto podían pontificar sobre deportes como sobre las pláticas del SALT II o sobre las civilizaciones etrusca e incaica o sobre la poesía de Borges, cuando éste era bien visto por los militares.

Para redondear las reflexiones de Gregorich sobre autocensura y manipulación informativa, recordemos entre otras cosas, al pasar, que los medios audiovisuales argentinos silenciaron y desconocieron la adjudicación del Premio Nobel de la Paz a Adolfo Pérez Esquivel.

1) Este subtítulo, como todos los que figuran en esta reproducción, no figuran en el original.

2) Andrés Percivale es un Show-man conocido de la televisión argentina, en donde, parecería inútil destacarlo luego de este excelente texto de Gregorich, la norma imperante desde antes de que las fuerzas armadas se hicieran del poder en marzo de 1976 es la chatura, la autocensura y el quedar bien ante la fracción hegemónica de turno.

3) Gregorich alude al hecho de que el proyecto militar implantado en Argentina en 1975 afirmó que no tenía plazos, sino metas. Al general Videla lo ha remplazado el general Viola, presumiblemente hasta 1984, año en que presumiblemente será reemplazado por algún otro, quizás militar también, quizás un civil, pero nada hay que indique que lo sea mediante una convocatoria electoral honesta.

4) Alude a la co-conductora del programa, Mónica Cahen D'Anvers, una antigua y fogueada periodista argentina de la TV.

5) Autor de textos jurídicos, católicos preconclitar y liberal-conservador en política, como gran parte de los asesores de los militares apenas si sabe lo suficiente de los problemas nacionales, lo cual no le impide pontificar como experto y conocedor a fondo de los problemas de Europa, Asia y África con la misma estolidez.

(6) Luis Mario Bello, "Entre una sociedad liberal y una sociedad colectivista", despacho del 9 de mayo desde París, de *La Nación*, Buenos Aires, 10 de mayo de 1981, p.1.